mana viven y mueren sin tener noticia siquiera de este arte único y supremo. Hasta en nuestra sociedad cristiana apenas si un hombre entre ciento se cuida de él; los otros noventa y nueve viven y mueren, de generación en generación, aplastados por el trabajo sin gustar nuestro arte, que es, por otra parte, de tal especie que, aun cuando cuidaran de él, no lo comprenderían. Se objetará que si todos no participan del arte actual, no puede achacarse la culpa al arte, sino á la falsa organización de nuestra sociedad, y que puede preverse para lo porvenir un estado social en que el trabajo físico lo harán en gran parte las máquinas y estará aliviado por una distribución más general y equitativa. Entonces no habrá hombres que estén obligados á pasarse la vida entera entre bastidores para hacer los cambios de decoraciones, ó á tocar el cornetín en las orquestas, ó á imprimir libros; los hombres que harán tales trabajos sólo emplearán en ellos algunas horas y podrán gozar de las delicias del arte el resto del día.

Esto es lo que dicen los defensores del arte actual. Seguro estoy de que ni ellos mismos creen lo que dicen. No pueden ignorar que el arte, tal como lo entienden, tiene por condición necesaria la opresión de las masas y sólo perdura gracias á esta opresión. Es indispensable que masas obreras se consuman trabajando para que nuestros artistas, escritores, músicos, bailarines y pintores, alcancen el grado de perfección que les permite producirnos placer. Emancipad á los esclavos del capital y será tan imposible producir ese arte como imposible es, hoy por hoy, hacer gozar de él á esos mismos esclavos.

Suponiendo que esta imposibilidad desapareciera y que se hallara un medio para poner el arte, tal como ahora se entiende, á disposición del pueblo, otra conside-